

de esta posibilidad histórica: la organización revolucionaria en forma de "consejo" (Soviet) tan evocadora de octubre de 1905 y de febrero, 1917; la probada falta de lealtad de las tropas soviéticas destacadas en Hungría que hizo necesario la importación de fuerzas asiáticas para aplastar la revuelta; las anteriores demostraciones, huelgas y levantamientos de los trabajadores en sitios como Berlín, Poznan y Varsovia; y los informes subsiguientes de hostilidad por parte de trabajadores y estudiantes en centros metropolitanos como Leningrado, Moscú y Kiev. En resumen, Hungría puede habernos ofrecido en un microcosmos el cuadro prematuro y temprano de procesos que podrían reproducirse en una fecha posterior en el mismo centro del mundo comunista; es decir, el alejamiento revolucionario del proletariado de campos y ciudades, la "intelligentzia" y los soldados de las fuerzas armadas; el colapso de la autoridad del estado con o sin resistencia; y finalmente la reconstrucción de la sociedad política del soviet siguiendo el espíritu de los valores que se conocen con el término, impreciso y algo chauvinista, de "occidentales". De ser válida esta tesis sería ella el complemento de la predicción trotskyista del inevitable derrocamiento interno de la burocracia dictatorial y parasitaria; subrayaría el papel paradójico del stalinismo en la preparación de la subestructura —tanto en Hungría como en la Unión Soviética— de su propia muerte y la aparición de sociedades democráticas y socialistas; y proveería un feliz antídoto contra los profetas de una perpetua contención, aquellos que, en forma poco realista todavía predicen una "evolución" pacífica de la dictadura comunista siguiendo una trayectoria liberal democrática y contra aquellos que, como George Orwell, se entregarían a una orgía masoquista y desesperada antes del arribo inminente del año 1984.

Parafraseando el dicho leninista, ¿no es acaso concebible que Hungría pueda aún demostrar que el colapso final del totalitarismo empezó en la periferia del mundo comunista; esto es, "en las colonias"?

ALVIN WARTEL,
Universidad de Puerto Rico.

THOMAS TAYLOR HAMMOND, *Lenin on Trade Unions and Revolution 1893-1917*, Nueva York: Columbia University Press, 1957. 155 págs.

Lenin On Trade Unions and Revolution 1893-1917, del profesor Thomas Taylor Hammond, es la publicación más reciente del Instituto de Estudios Soviéticos de la Universidad de Columbia, aparecida en el curso del presente año.

El profesor Hammond no intenta recoger en el apretado espacio de 155 páginas, ni siquiera en forma compendiada, la vida, obra y pensamiento del líder, revolucionario e ideólogo, Nikolai Lenin. Tampoco se propuso hacer una exposición en su más amplia perspectiva de la doctrina, las tácticas y los procedimientos que, sobre las bases teóricas del marxismo y las particulares circunstancias sociales e históricas del pueblo ruso, elaborara Lenin, y que le llevaron al poder junto con los bolcheviques en la Revolución de Octubre. Fiel al título del libro, el autor se ha limitado a exponer, según se manifiesta en los escritos de Lenin anteriores a la Revolución, el pensamiento de éste acerca del sindicalismo y del papel que debían jugar los sindicatos en la lucha del proletariado contra el capital.

El libro no aporta nada nuevo. Trata sobre un asunto que una y otra vez han planteado —continuarán planteándolo— los revolucionarios de la extrema izquierda en todo el mundo. Quizás el objetivo principal de la obra consista en relacionar, a manera de fuente originaria, los escritos y doctrinas de Lenin con las tácticas de los modernos partidos comunistas. No se ha ocupado, sin embargo, el autor en establecer las conexiones históricas e institucionales entre unos y otros. Se conforma con exponer el pensamiento de Lenin sobre la relación que debía guardar el partido, como instrumento rector de la revolución, con los sindicatos obreros, puesto que, la doctrina, tácticas y procedimientos de los partidos comunistas de hoy han reflejado o, por lo menos, han coincidido en general con los postulados sentados por Lenin.

Lenin nunca fue sindicalista. Como revolucionario, líder y teorizante lo subordinó todo a la revolución y a la acción política. Combatió siempre la acción sindical y los movimientos de reforma liberales cuando éstos, a su juicio, eran contrarios a los intereses de la revolución. Por otra parte, los apoyó cuando intensificaban el odio y la conciencia de clases y agudizaban la pugna.

Hacia fines de siglo, por ejemplo, cuando apenas existían en Rusia sindicatos de obreros, y el descontento del proletariado urbano se iba manifestando en protestas y paros huelgarios espontáneos, Lenin no sólo los respaldó, sino que urgió a su partido a ayudar a los trabajadores a sindicarse. Consideraba que la lucha sindical, sobre todo en la etapa inicial del movimiento obrero, servía de escuela al proletariado haciéndolo consciente de los males del sistema capitalista, enseñándoles a organizarse, a combatir al capital y al gobierno, e intensificando el espíritu de solidaridad y de lucha. Durante la Revolución de 1905, cuando se entusiasmó con la participación de los trabajadores en ésta, Lenin llegó a proclamar, ante la insistencia de algunos de los socialdemócratas que menospreciaban la acción sindical, que los sindicatos

eran necesarios bajo el sistema capitalista. Sin embargo, nunca le interesaron, como tales, los problemas de organización, administración y dirección de los sindicatos obreros. Insistió siempre en que la acción económica de por sí no bastaba para levantar la condición social de la clase trabajadora. Aquélla debía estar subordinada, según él, a la acción política, y ambas debían ser, antes que nada, revolucionarias.

La subordinación de la acción sindical a la acción político-revolucionaria se manifiesta, de forma inequívoca, en los escritos de Lenin sobre la relación que debían guardar los sindicatos con el partido. Aunque auxiliares importantes de la lucha de clases, nunca creyó que los sindicatos fueran las organizaciones a efectuar la revolución. Como cuestión de hecho, llegó en cierto momento hasta a dudar de los mismos. Estaba convencido de que la revolución tenía que hacerla el partido, constituido y dirigido por un grupo de revolucionarios de avanzada, ya que ésta no se produciría, por sí sola, de entre las grandes masas de trabajadores, sindicadas o no. Insistía Lenin en que la organización sindical y la organización político-revolucionaria, aunque complementarias, eran dos cosas distintas y debían mantenerse separadas. En condiciones normales, es decir, bajo la persecución y la represión, el partido, como organización clandestina, debía estar formado por un núcleo de revolucionarios y activistas, portadores de la ideología, mientras que los sindicatos, como organizaciones de protesta, estarían abiertos a todos los trabajadores que entendieran la necesidad de obrar concertadamente en defensa de sus intereses. A su vez, los sindicatos, así como las demás organizaciones, estarían infiltrados por estos pequeños y disciplinados grupos (llamémosle células) revolucionarios, que los controlarían y encauzarían en el interés de los objetivos del partido. Solamente durante el año de 1905, entusiasmado, como hemos indicado, con la participación de los trabajadores en la Revolución de esa fecha, se dispuso a abrir el partido a cientos de trabajadores en masa. Sin embargo, poco tiempo después volvió a insistir en la necesidad de que el partido fuera una organización disciplinada en manos de una minoría, en vez de una organización abierta. Comenzó a preocuparse grandemente, al mismo tiempo, con el giro que tomaban los sindicatos que, con los triunfos alcanzados, iban interesándose cada vez más en la obtención de conquistas económicas inmediatas y desinteresándose por la revolución. Otro tanto sucedía en el seno del partido. No hay que decir que Lenin hubo de combatir esta tendencia, pues siempre estuvo convencido de que los beneficios que los trabajadores obtenían en las luchas frente a sus patronos, así como las concesiones que hacía el gobierno, no sólo eran meros paliativos, fórmulas de contemporizar, sino que les llevaban a abandonar la revolución sólo en el interés de las

clases gobernantes. Ésta era para él, el único y verdadero medio de redención proletaria.

En los planteamientos hechos por Lenin, tomados hoy por los comunistas como artículos de fe y doctrina, encuentra el autor el origen de las posiciones y tácticas que asumen éstos en relación con los sindicatos. Claro está, que hoy los comunistas utilizan los sindicatos no sólo para los fines de la revolución, sino para promover, además, los intereses del partido y la política exterior rusa, infiltrándose en los mismos, dominándoles cuando pueden, no para hacer de ellos eficaces instrumentos de conquista económica y de reforma, sino para convertirlos en meros "frentes".

Aun cuando no aporta nada nuevo, el libro está escrito con sencillez y claridad, y es de fácil lectura. Puede utilizarse con provecho en cursos de ciencia política, de sociología y de relaciones industriales, particularmente, en cursos introductorios.

ALFREDO NAZARIO,
Universidad de Puerto Rico.

DAVID GREENWOOD, *Essay in Human Relations*, Washington, D. C.:
Public Affairs Press, 1956.

De vez en cuando, puede escucharse sobre el martilleo de las desorientadoras estadísticas, estudios y semánticas de la sociología, una persistente y débil llamada en defensa del reconocimiento de la dignidad individual humana. Este susurro se encuentra presente en el conciso libro de que nos ocupamos: una colección de seis ensayos sobre diversos temas, presentados en distintas épocas por el competente sociólogo británico David Greenwood.

Sin ser de fácil lectura para el neófito, estos estudios ameritan el esfuerzo que cuesta extraer el mensaje del señor Greenwood. "Desde su enfoque", señala Svend Riemer en su breve prólogo, "el trasfondo histórico de la familia moderna observa un énfasis sobre conceptos diferentes a los acostumbrados", y "esta discrepancia con las tradiciones académicas de los Estados Unidos, habrá probablemente de despertar la atención de los sociólogos interesados en la investigación contemporánea sobre los problemas de la familia".

El mensaje del autor consiste mayormente en un análisis crítico de varias metodologías y estudios sociológicos. Demuestra la capacidad de un verdadero erudito al destacar errores: entre éstos señala la deter-